

Olga Guayasamín: la primera perinatóloga

Pablo Cuvi

Olga Guayasamín es prima hermana del famoso pintor que reinó en el arte ecuatoriano durante la segunda mitad del siglo xx, es decir, en la misma época que estamos historiando. De modo que, antes de hablar de medicina, conversamos del arte y la familia.

Cuenta la doctora que su abuelo, José Guayasamín, era de Sangolquí y su abuela, colombiana. «Fue una familia, digamos, pudiente; eran muy apreciados en Sangolquí. Cuando se murió mi abuela, y después mi abuelo, dejaron propiedades y cosas y entonces empezaron los diez hermanos a pelearse».

Delfín Guayasamín, el padre de Olga, era el último de los hermanos. A los quince años huyó de casa y se radicó en Pasto, donde se convirtió en un gran empresario, ganó mucho dinero y empezó a formar una importante colección de obras de arte. Tuvo dos hijas y cuando se separó de su esposa, mandó a Olga, que era la menor, a que se educara con las monjas en Ibarra, en calidad de interna. Fue una ruptura brusca. Recién a los dieciséis años, Olga restableció la relación con su padre, que seguía en Colombia.

Cuando trabajaba en el libro sobre la vida y obra de Oswaldo Guayasamín,¹ me contaron que viajó a Pasto a ver a su tío Delfín y que grabaron un disco porque Oswaldo cantaba bien y su papá tocaba el piano.

No fue solo una vez. El Oswaldo creció pobre y mi padre le quería mucho y le ayudó muchísimo cuando aún no era conocido, le compró muchos cuadros, incluso le mandó a pintar para su comedor una *Última Cena*, un cuadro precioso.

Usted termina el colegio donde las monjas betlemitas en Ibarra y decide estudiar Medicina. ¿Cómo fue ese brinco del convento a la gran ciudad?

En 1962 vine a un internado para señoritas que cursaban la universidad que tenían en Quito las mismas monjas betlemitas.

¹ Cuvi, Pablo, *Guayasamín. El poder de la pintura*, Fundación Santillana, Quito, 2012.

¿Cómo era el ingreso a la Facultad de Medicina? ¿Había el examen de ingreso?

Sí, sí. Éramos como unos 300 aspirantes que rendimos el examen de ingreso para entrar al premédico.

¿Dónde iban a clases?

En la Universidad Central, en la avenida América, donde está el mural del Oswaldo, ahí asistíamos hasta que nos seleccionaran. Después nos fuimos a la Facultad de Medicina que estaba junto al hospital Eugenio Espejo y trabajábamos atrás, en el anfiteatro. Nos enseñaban Inglés Médico, Matemática, Psicología, con el doctor Luis Riofrío, un famoso psiquiatra que nos metió todo el sistema nervioso sin tener nociones de lo que era anatomía. Casi la mitad pasamos a primer año. Ahí éramos solamente cuatro mujeres, y una que repetía.

¿Quiénes eran y cómo les fue después?

Las que iniciamos éramos Yolanda Silva, que es casada con el médico hematólogo Jaime Grijalva; Mercedes Saravia, que vive en Suecia; Martha Carcelén, ella murió porque tenía un problema cardíaco; Cecilia Palomeque, que después trabajaba en la Contraloría. Nos graduamos las cinco mujeres.

¿Cuáles eran las materias más importantes en primero?

Anatomía, Fisiología, Embriología... Las clases más temidas eran las de Anatomía; yo fui alumna del doctor Carlos Veloz, que era una barbaridad de estricto. Con él se quedaba la mayor parte de gente en el primer curso.

¿Pero usted era buena alumna?

Sí, pasaba tranquilamente. Fui la mejor alumna del colegio, pasaba con veinte sobre veinte. Pero en la universidad el ambiente cambió. Yo vivía inicialmente en la residencia; después fui a vivir en la casa de Gustavo Guayasamín y Blanca, la primera mujer de Gustavo. Eso fue entre primero y segundo año.

¿Cómo eran los horarios de clase?

Empezábamos a las siete de la mañana. Nos quedábamos hasta las once o doce, y volvíamos en la tarde. Como le decía, el doctor Veloz era del estilo del doctor Paltán de fregado. Por eso, un día que llegó a dar clases al anfiteatro, vio cuatro cadáveres colgados del cuello, yo no estaba, eso me contaron, que decían: «Veloz, Palacios, Cifuentes...», el cuarto no recuerdo... los cuatro profesores más fregados, y abajo otro cartel: «Así se han de morir». ¡Imagínese! El doctor Veloz dejó de dar clases un tiempo porque esa cosa había sido impresionante.

Cada semana teníamos que dar trabajos; por ejemplo, los huesos de la cara. Íbamos donde el profesor y nos preguntaba todo de los huesos de la cara, o de lo que

hubiera sido el tema. Eran unos cuartitos chiquitos. Salía el doctor al pasillo y decía «fulano de tal»; entraba el alumno y comenzaba a preguntarle. Un hijo del doctor Carlos Mosquera, que también fue decano...

Y presidente de Liga y dueño de la clínica Mosquera... digo, para ubicarnos

Bueno, el hijo era compañero también. Y el doctor Veloz llama: «Carlos Mosquera» y regresa a sentarse. Entonces el chico mete la cabeza al cuartito y le dice: «¡no sé!» y sale corriendo. (*Risas*). ¡Imagínese a semejante monstruo decirle no sé!

¿Cómo fue la primera vez que usted diseccionó un cadáver?

(*Le resta importancia con un gesto*). No me impresionó mucho porque ya habíamos visto antes preparar piezas. A los empleados del anfiteatro les pagábamos para que nos consiguieran los huesos. Por ejemplo, el etmoides, un hueso pequeño que está en el cráneo, era muy difícil de conseguir; no es un húmero o un radio sino un hueso pequeñito con muchos detalles y había que tenerlo en la mano para poderlo estudiar bien.

Para acercarnos a su campo, ¿qué es la embriología?

Es el conocimiento de la estructura de todo el cuerpo, desde el momento en que se forma el cigoto y empieza toda la evolución: se desarrollan el cerebro, el corazón, los pulmones. Hasta las ocho semanas de gestación se llama embrión; son las semanas más peligrosas para que vengan los problemas de malformaciones. Luego hay diferentes etapas que considerar: el feto que empieza a moverse, que empieza a deglutir, a respirar, a reírse, todo su desarrollo.

No había tiempo para divertirse

¿Durante el gobierno de Arosemena había alguna actividad política?

Sí. Fui compañera del doctor Samaniego, que fue recién rector de la universidad. También era mi compañero Rodrigo Yépez, que fue decano de la Facultad de Medicina por dos o tres periodos. Ahí empezaban los grupos a formarse: unos con Samaniego, otros con Yépez.

En julio de 1963 subió la Junta Militar que derrocó a Arosemena. ¿Se acuerda?

Estábamos en clases y empezamos a correr, sobre todo las mujeres, porque la facultad quedaba frente al Palacio Legislativo. Entonces clausuraron la universidad y vinieron profesores nombrados por la Junta con el lema de eliminar el mayor número de alumnos; se pusieron mucho más estrictos en los exámenes, así que quedamos cuarenta o cincuenta. Pero eran grandes profesores: Arsenio de La Torre, que era un gran clínico; Moreano; gente muy importante que acababa de llegar especializándose; el doctor Eduardo Villacís, cardiólogo: con él me llevaba muy bien porque después trabajamos juntos en el hospital Andrade Marín.

¿Cómo era ser estudiante mujer entre tantos hombres? ¿Había alguna profesora mujer?

Todos eran hombres. Bueno, en parasitología había tecnólogas...

¿Se sentía un poco discriminada?

No, eran muy correctos. Además, yo tuve mi novio, que es mi esposo, Alfredo González, desde mi primer año de Medicina. Seguimos la carrera juntos y nos casamos un año después de graduarnos.

La Junta reabre la universidad y usted va a tercer curso. ¿Mejóro la educación con los nuevos profesores?

Éramos un grupo pequeño porque se eliminó como la mitad. Otros se habían ido a España o Argentina para continuar su carrera cuando cerraron la universidad.

¿Qué nuevas materias recibían en tercero?

Empezamos con la Semiología, que nos daba el doctor Arsenio de La Torre. Y comenzamos a tener contacto con el paciente.

¿Iban a la ronda de visitas con los profesores?

Claro, al hospital Eugenio Espejo. Ya era la medicina más aplicada y una tenía más gusto de ir y aprender a tomar temperatura, a tomar la presión, a hacer las historias clínicas, los interrogatorios a los pacientes. Pasábamos visita a las siete de la mañana con los médicos, nos hacían preguntas, nos mandaban a hacer trabajos, cosas así.

En cuarto curso la materia más fregada era Farmacología con Plutarco Naranjo, ¿le conoció?

Años después, pero creo que en ese tiempo trabajaba en Life, que quedaba del Eugenio Espejo hacia la esquina de la Yaguachi. Por ahí estaba el Izquieta Pérez, donde mandan a hacer todas las muestras y estudios de sangre. El doctor Plutarco era un tipo interesante. Ahí estaba de ayudante un doctor Escaleras, que también trabajaba en Life. Él era el que nos hacía las preguntas para los exámenes. Farmacología era muy difícil.

Era una cuestión de memoria. ¿no? Para ser médico había que tener buena memoria

Sí, todas esas materias eran terribles. Los tejidos, los huesos... Sin haberlo visto bien, había que decir de qué hueso se trataba y enseguida era aprobado o reprobado el trabajo. Había que estudiar bastante.

¿Qué hacía usted aparte de estudiar?

Es que no había más tiempo; solo para estudiar, incluyendo los fines de semana. Con mi novio íbamos al cine. Tampoco había entonces lo que hay ahora, que uno va a un concierto, al teatro...

A una discoteca...

Tampoco había discotecas.

Así que todo el tiempo era dedicado al estudio. ¿De qué otros profesores se acuerda?

Eduardo Villacís nos daba Cardiología. Había un grupo de cardiólogos: el doctor Moreano, el doctor Azansa. Cada uno daba una parte. Por ejemplo, las enfermedades cardíacas. Y la interpretación de las pruebas patológicas o normales de los electrocardiogramas, de los diferentes estudios que se hacen para llegar a un determinado diagnóstico. Debíamos estudiar al paciente y dar un diagnóstico según lo que nos parecía por la historia clínica que habíamos hecho, por los exámenes físicos y las pruebas de laboratorio.

¿Cómo eran los exámenes?

Eran escritos. El profesor ponía la pregunta y respondíamos en una hoja. No había esa copia que ahora le dan a usted con preguntas de respuestas múltiples. Era examen práctico y escrito. Estábamos frente al paciente: «A ver, señorita, examine el paciente: ¿qué es lo sobresaliente, lo que más le impresionó?, ¿qué estudios adicionales pediría?» También estudiábamos Radiología con el doctor Abdo, radiólogo. Teníamos los mejores profesores, los mejores especialistas que había aquí. Por eso creo que fue una generación privilegiada.

Era la única facultad que había en Quito y tenía mucho prestigio.

Mucho prestigio. Venían de Colombia, tres o cuatro colombianos terminaron con nosotros, y teníamos un compañero peruano.

En su época de estudiante, ¿qué era lo más novedoso, lo que empezaba a llegar, lo más influyente?

Manejábamos el *Tratado de medicina interna*, de Cecil. Y llegaban trabajos nuevos. Una cosa que me llamó la atención fue lo del Rh negativo: cuando la madre es Rh negativo y se casa con un señor Rh positivo, hay la posibilidad de que el niño sea Rh positivo. Entonces, el feto forma antígenos, que son como los enemigos, y la madre forma soldados que los combaten y viene la destrucción de la sangre del feto. Se desarrolló el conocimiento de cómo se tenía que tratar a esos niños y llegó, por ejemplo, una medicina llamada Roghan, que se ponía a las madres Rh negativo para que los glóbulos rojos del niño no ataquen a la madre y no generen defensas.

En quinto curso vino Oftalmología y me incliné bastante a esa especialización porque mi profesor fue el doctor Ramiro Almeida, que era muy bueno.

Era otorrinolaringólogo. Me veía la nariz a los quince años. Dijo que tenía el tabique desviado y me cauterizó, ahí, en la calle Flores.

Su consultorio quedaba en la Flores, sí. Me gustaba tanto la oftalmología que empecé a hacer un trabajo de trasplante de córnea en conejos. Pero pasé a sexto año y conocí al doctor Nicolás Espinosa.

¡Ya viene el loco!

¿Qué le impresionó tanto de Nicolás Espinosa que le hizo cambiar de inclinación?

Era un hombre de una gran personalidad, que impresionaba a primera vista. Y tenía fama de muy estricto.

Y de malgenio también

Sí, era malgenio. Ya pasamos a sexto curso y nos tocaba la primera clase con él. Estábamos esperando que llegara cuando uno de los compañeros dice: «¡Ya viene el loco, ya viene el loco!». Entonces entramos todos y nos sentamos calladitos. Él llegó al pizarrón y escribió: «No soy loco». (*Risas*). Sus clases eran muy interesantes, la forma como hablaba era totalmente diferente. El tipo de conocimiento que tenía de la materia a usted le impactaba. Ahí empecé a inclinarme por la pediatría.

¿Hacían visitas a niños enfermos?

Claro. En las clases nos explicaba: este niño tiene tal cosa y no le vamos a tratar con esta receta médica, en que le mandan uno, dos, tres, cuatro, cinco antibióticos. Eso no se puede hacer. Uno debe estudiar bien, debe saber cuáles son los antibióticos más efectivos para tratar a un niño. El niño es lo más importante que hay en la vida. Tenemos que preocuparnos desde que se halla en el útero y seguirle a la madre; desde que se forma, para ver cómo viene, qué problemas tiene la madre y cómo se puede obtener mejores resultados.

En el séptimo año venía el internado rotativo, en el que debíamos pasar cuatro ciclos y hacer una monografía al terminar; podía ser por pediatría en la maternidad o en el Baca Ortiz, cirugía en el Eugenio Espejo o en el San Juan de Dios, así.

¿Usted también operó?

No, pero llegué a ayudar, cada uno tenía que entrar a ayudar. Otro ciclo era de obstetricia y el cuarto de medicina interna. Lo que antes era tesis fue reemplazado con una monografía sobre cada ciclo, así que teníamos que presentar cuatro monografías y después el examen ante un tribunal de los cuatro profesores.

¿En qué año hizo el Internado Rotativo?

En el 67. Ahí les sacaron a todos los médicos que habían entrado con la Junta Militar, diciendo que habían colaborado...

Debió ser un golpe durísimo para la facultad.

Claro, eran excelentes médicos. No me acuerdo quienes llegaron a reemplazarlos

porque en el rotativo ya no se iba a clases. Yo hice las monografías, di los exámenes orales y salí con título de médico cirujano. ¿Qué se ganó? Pues que ya no tenía que hacer la tesis. Antes, muchos se graduaron más tarde porque no hacían pronto la tesis y otros no la hacían nunca porque empezaban a trabajar y no tenían tiempo. La ventaja nuestra es que nos tocó el primer año de las reformas.

De allí vino la especialización, ¿no?

Cuando me gradué de médico fui unos dos meses a Pasto y mi papá me dijo: «Has acabado una parte de la medicina, todavía no tienes derecho a cobrar porque solo tienes la mitad hecha hasta que seas especialista». Así que entré a trabajar en la maternidad con el doctor Nicolás que me llevó también a trabajar con él a su consultorio particular. Estuve unos dos años en el consultorio y en la maternidad.

¿Qué estaba pasando en el campo de la pediatría?

Con Nicolás Espinosa empezó a cambiar todo lo que era la pediatría. Cuando él se graduó de médico, se fue con una beca a Denver, Colorado, donde estuvo con una de las personas de gran reconocimiento mundial: la doctora Lutvchenko. Ahí observaron que los niños que nacían en Denver, una ciudad que está a 1800 metros de altura, tenían menos peso que los que nacían a nivel del mar y empezaron las grandes investigaciones.

El doctor Nicolás se fue a España y volvió a trabajar en la maternidad Isidro Ayora, donde creó el servicio de recién nacidos. Antes, el obstetra que atendía el parto recibía al recién nacido, pero no había pediatra, no se conocía a fondo lo que significaba el nacimiento de un nuevo ser, que ya no le correspondía al obstetra sino al pediatra que le iba a seguir de ahí en adelante.

Después formó el Departamento de Pediatría, no solo para el seguimiento de los recién nacidos sanos, sino también para asistir a los niños más grandes. Él empezó a crear escuela formando a médicos jóvenes. ¿Ha oído de Carlos Naranjo, pediatra? También fue su discípulo Nelson Dávila. Y Renato Pérez, que era primo del doctor Espinosa.

Pero hubo también una escuela que no quería a Nicolás Espinosa porque era un médico tan preparado, estaba al día en todo, de Estados Unidos le mandaban los artículos que estaban todavía en prensa. Cuando iba a algún congreso aquí, empezaban a decir tal cosa y él se paraba y decía «no es así» porque estaba mucho más adelante y hubo mucho egoísmo de parte de algunos contemporáneos médicos que estaban en el Baca Ortiz. Había un grupo de médicos a los que nosotros les llamábamos «ingenieros del Baca Ortiz», eran los que recetaban mucho.

¿Cinco antibióticos para ver si alguno acertaba?

Claro. Como Nicolás Espinosa tenía el fervor de enseñar, de formar otras mentes, destacaba los errores, y se formó ese grupo de gente que no le quería.

¿Cómo era la relación con las enfermeras?

La Escuela de Enfermería quedaba frente al hospital Eugenio Espejo, detrás de la maternidad. Las enfermeras que venían a Pediatría eran entrenadas por él mismo. Él trabajaba hasta la una de la tarde en la maternidad, hacía su consulta particular en la tarde y volvía en la noche. Cuando estábamos de residentes, debíamos tener a las siete de la mañana que llegaba, toda la lista de cuáles niños estaban enfermos, qué complicaciones tenían, qué exámenes se habían hecho, una gran historia clínica. Nosotros entrábamos a las siete de la mañana hasta el otro día a la una de la tarde, más de veinticuatro horas, descansábamos esa tarde y al otro día volvíamos, eran turnos pasando un día, era terrible. Cuando se funda el hospital Andrade Marín, en el año 70, Nicolás Espinosa ya tenía una gran fama y le piden que vaya a formar el Departamento de Pediatría.

¿Y usted le va siguiendo?

No, porque yo me fui a Uruguay con mi esposo.

En la banda oriental

¿Qué estaba pasando en Uruguay?

Allá había dos famosos médicos: Robert Caldeyro Barcia y Hermógenes Álvarez. Ellos fueron los primeros en el mundo en saber qué pasaba cuando el feto intraútero estaba en sufrimiento fetal. Crearon sus aparatos para diagnosticar problemas; primero, el seguimiento a base de unos registros de la frecuencia cardíaca que se sentía, todavía no había el eco, entonces se sentía el corazón del feto y se iba registrando y se sabía cuándo la frecuencia cardíaca estaba baja o alta y se detectaba problemas en el feto. Ellos fueron los creadores de la perinatología en el mundo: ya no era el obstetra que manejaba exclusivamente a la madre y después el pediatra que manejaba exclusivamente al recién nacido, sino que se da esa unidad de obstetra con pediatra.

Los avances de Caldeyro y Álvarez empezaron a difundirse en el mundo y la Organización Panamericana de la Salud creó becas para que de toda Latinoamérica fueran a especializarse en perinatología al Uruguay. Pero hay que reconocer que Nicolás Espinosa fue el primer perinatólogo de aquí porque empezó a trabajar con los obstetras y nos empezó a formar en esa unidad obstetra-pediatra.

¿Ustedes llegan a Montevideo en la época de los tupamaros?

Sí, llegamos en el 71, y tupamaros había en la universidad y en el hospital de clínica.

¿Iban como residentes?

Sí, la beca nos permitía vivir con nuestras familias donde deseáramos. Yo hice la especialidad en el Centro Latinoamericano de Perinatología. A Montevideo iban a dar conferencias los mejores especialistas del mundo. Allí conocí al autor de un estudio sobre los infantes prematuros; la prematuridad es una de las principales cau-

sas de muerte de los recién nacidos. Haciendo experimentos en ovejas, él descubrió que administrando corticoides a la madre con amenaza de parto prematuro, el niño nacía sin síndrome de dificultad respiratoria. Él publicó su artículo en 1970 o 71 y Caldeyro Barcia lo invitó y nos expuso el trabajo.

¿Cuál fue el tema de su investigación allá?

En Uruguay me interesó muchísimo un tema que fue publicado en *Pediatric*, una revista norteamericana, sobre las curvas de crecimiento fetal. Era de un doctor J. Miller, que hacía en Estados Unidos las primeras curvas prospectivas en el mundo sobre el crecimiento del feto, la talla, la circunferencia cefálica. (*Antes, la doctora Luvtchenko había hecho un estudio retrospectivo basado en las fichas clínicas de los niños recién nacidos. Pero esas curvas tenían fallas porque las mediciones habían sido realizadas por distintas personas*). Para controlar eso, el doctor Miller planteó unas curvas prospectivas: personas especializadas tomaban a un grupo de recién nacidos y valoraban el peso, la talla, la circunferencia cefálica y algunos índices que se derivaron de la toma de esas medidas. Y fue un éxito.

¿Todavía no había las ecografías?

No, solo se suponía a través de la frecuencia cardíaca, de los métodos que realizaron Caldeyro Barcia y sus colaboradores, cómo iba el niño intraútero, pero nada más. En cambio, con la ecosonografía, prácticamente desde la tercera, cuarta semana de gestación, se puede visualizar al embrión. Y con los grandes avances de estos equipos hoy se puede ver el feto en tres dimensiones, y hay una cuarta dimensión, que es como complementaria, para ver cosas mucho más detalladas.

Volviendo al artículo de Miller, le dije al doctor Caldeyro que me interesaba hacer un trabajo de ese tipo, aunque ya estaba casi para terminar mi beca de un año. «Por supuesto», dijo, «vamos al Departamento de Estadística, haces un preprograma, te van a ayudar todos los estadísticos». (*Lo hizo, lo discutieron y el doctor Caldeyro Barcia obtuvo en Suiza, en la Organización Mundial de la Salud, que le prorrogaran la beca a la doctora y financiaran el programa*). En ese ese tiempo le dieron 50.000 dólares, que era una fortuna, imagínese. Él fue un hombre brillante, estuvo nominado para Premio Nobel de Medicina. Formó a mucha gente que volvió a sus respectivos países a enseñar toda esta cosa.

El Centro Latinoamericano de Perinatología estaba en el Hospital de Clínica: nosotros ocupábamos el piso dieciséis y en el piso quince atendían a las madres que daban a luz. Con todos los niños que nacían, yo, personalmente, tenía que copiar los datos, hacer la historia clínica, pesarles, medirles y anotar en una ficha. Se fueron eliminando los casos que no reunían todas las condiciones, y nos quedamos con unos 300 o 400, no me acuerdo con exactitud. Ahí se empezó a hacer las curvas de crecimiento.

Fue un trabajo de tres años que desgraciadamente no pude concluir porque falleció mi padre y tuve que regresar para intervenir en cuestiones de herencia, pero ya

estaba hecha una parte de lo que había realizado Miller en Estados Unidos. Y esas curvas prospectivas fueron las primeras que se hicieron en Latinoamérica.

(*Caldeyro Barcia insistió en que se quedara, pero le era imposible*). Una lástima porque después de esas curvas venían unos patrones de crecimiento donde se hacía la relación de la longitud con la circunferencia cefálica, del peso con la circunferencia, era interesantísimo.

Entre la U y la familia

¿Publicó algo sobre la investigación?

Se publicó un artículo en el boletín de la OPS. Yo no he sido tan ambiciosa en el sentido de publicaciones, de sobresalir, porque con Caldeyro Barcia pude haber conseguido muchísimas cosas, pero ya volví y concursé para entrar de perinatóloga en el hospital Andrade Marín. Fue el primer concurso que se hacía para esa superespecialidad, la mayoría de la gente no la conocía en 1976. Mi marido ganó también el concurso de obstetricia con embarazo de alto riesgo y nos dedicamos a trabajar intensamente.

¿Y la investigación?

Me dediqué más a la atención de las pacientes. La parte de investigación aquí estaba muy en pañales, no se hacía nada de estadística pese a que el doctor Nicolás escribió e ilustró las primeras observaciones que se hicieron en Latinoamérica.

¿En qué época hizo sus observaciones?

Desde que llegó de su especialidad en Estados Unidos empezó en la maternidad Isidro Ayora a observar los múltiples problemas que se presentaban en relación a la madre y el recién nacido. Él también hizo las curvas de crecimiento en forma retrospectiva, como las había hecho la doctora Luvtchenko.

¿Hicieron estudios cuando eran alumnos de Nicolás Espinosa?

Claro. Nosotros ayudamos para algunas investigaciones que aparecen en ese libro que le di a usted.²

El libro empieza con el tema de la genética, algo que ha avanzado muchísimo desde mediados del siglo pasado. ¿Qué veían cuando usted era estudiante?

No teníamos clases de genética. Después vinieron los primeros genetistas.

Pero tiene que ver mucho con su especialidad, ¿no?

¡Claro! La perinatología tiene que ver prácticamente con todas las especialidades, empezando por la genética. ¿Qué pasaba si un niño malformado nacía muerto?;

2 Espinosa, Nicolás, *Crecimiento y desarrollo humano en la etapa intrauterina y postnatal del primer año en el altiplano andino. Observaciones personales*, Edición Sociedad Ecuatoriana de Pediatría, Quito, 1995.

debía ser estudiado íntegramente por el genetista, el patólogo, el perinatólogo. En el hospital Andrade Marín yo tomaba muestras; entiendo mucho de placentas porque Hermógenes Álvarez era uno de los placentólogos más importantes del mundo.

¿Por qué no volvió a la Universidad Central a dar clases?

Me propusieron dar clases en la noche, en la Facultad de Medicina: imposible, tenía que atender mi hogar, mis hijos, el hospital, no acepté. Posteriormente, cuando un compañero de promoción, Rodrigo Yépez, fue decano de la facultad, me ofreció la cátedra de Semiología, pero tampoco acepté. Mis hijos eran una opción muy importante y no quería dejar a los chicos en poder de las empleadas.

¿No le da pena no haber dado clases?

Siempre he dado clases sin ser profesora de la universidad. Yo era jefe de la parte perinatal. Venían los residentes y los internos de las diferentes facultades y pasaban conmigo visita y debía enseñarles. Si iba a nacer un niño de alto riesgo, diga usted de 28 semanas, yo entraba con los residentes de turno a preparar todo: les enseñaba a entubar porque cuando el niño nace deprimido se le mete ese instante un tubo a la tráquea para darle respiración y darle el surfactante, que es una sustancia que ayuda a estabilizar los alvéolos pulmonares y no permite que colapsen. Y los últimos años fui profesora de todo esto en la Universidad Internacional.

¿Cómo sacaban una muestra del feto para ver si tenía enfermedades congénitas?

El feto está rodeado de líquido amniótico que es lo que le permite moverse y crecer. Como no había la ultrasonografía, se hacía una punción amniótica en el abdomen de la madre para tomar una muestra y tener una idea de cómo estaba el feto. Por ejemplo, si estaba en peligro, el líquido estaba lechoso. Mi marido hacía las punciones, obtenía las muestras y quien tenía que hacer todas las pruebas era yo.

Samaniego, Yépez y Estrella

Hábleme de sus compañeros de promoción, empezando por el doctor Yépez.

¿En qué se especializó?

Inicialmente quería ser pediatra, pero después se dedicó al campo de la salud pública de tipo administrativo. Había la Asociación de Facultades de Medicina del Ecuador y acompañaban el desarrollo de las diferentes facultades, apoyaban para becas, para trabajos, para muchas cosas.

¿Qué otros compañeros tenía?

Edgar Samaniego, que fue después profesor de Farmacología. Nosotros fuimos alumnos de Plutarco Naranjo. Parece que le gustó esa línea y escribieron libros de farmacología.

¿Qué tal sería como profesor?

He oído decir que era bueno, pero que era un «loco», que se paraba en la mesa cuando estaba dando clases a gritar a los alumnos; siempre fue un tipo muy inteligente y muy buen alumno, como Yépez. También Eduardo Estrella fue nuestro compañero. (*Sonríe*). El Eduardo tuvo no sé qué fracaso con su primera esposa, se fue a España y se casó con una española. Era un famoso investigador y allá investigó muchísimo sobre las plantas.

Conozco un libro de él, *El pan de América, precisamente sobre las plantas y los frutos que eran originarios del continente americano, y los que trajeron los españoles*.³

Claro, cuando los españoles vinieron en una misión científica, contrataron a este famoso pintor que les filtró todas las descripciones en unos dibujos preciosos, no me acuerdo el nombre. Eduardo Estrella fue allá y analizó todo ese material de los dibujos y acuarelas, hizo una gran labor. Él trajo esas láminas y las publicó.⁴ Fue también creador y director del Museo de Medicina, que estaba en el San Juan de Dios y después lo pasaron al Eugenio Espejo restaurado.

También fui compañera del hijo del gran cirujano César Benítez. El hijo también fue un gran cirujano que trabajó en el Andrade Marín. Usted sabe que el Andrade Marín, que se inauguró en 1970, empezó con los médicos más brillantes que tenía Quito: Nicolás Espinosa, Augusto Bonilla, el cardiólogo Eduardo Villacís, el doctor Chávez, cirujano, la doctora Castro. Ellos organizaron los diferentes departamentos; pero todos los colaboradores debían entrar por unos concursos bastante estrictos, y los médicos se morían por entrar al Seguro porque era una carta de presentación. El hospital fue una maravilla por varias décadas; como el Seguro Social es la entidad que más plata tiene, se daban el lujo, hasta ahora, de tener los mejores equipos, pero desgraciadamente ya no tiene los mejores médicos.

¿Fernando Bustamante fue su profesor?

Fue profesor de Medicina Interna en el último año, era un buen profesor que seguía actualizándose; formado en los Estados Unidos, se mantenía al día, y con la clientela más pelucona (*sonríe*), era recomendado por la Embajada americana.

3 Estrella, Eduardo, *El pan de América. Etnohistoria de los alimentos aborígenes en el Ecuador*, Editorial Abya-Yala, Quito, 1990. En el agradecimiento inicial, el autor recuerda que, luego de obtener el Premio Universidad Central 1985, inició un año sabático en España, donde continuó investigando para revisar su obra.

4 Se trata de *Flora huayaquilensis*, de Juan José Tafalla, un trabajo que, según Wikipedia, había permanecido inédito doscientos años hasta que Estrella lo descubrió en Madrid, en 1985. La primera edición fue publicada allá cuatro años después; la segunda en Guayaquil, en 1995. Según Alfonso Ortiz, hubo una edición de las láminas con el auspicio del gobierno de Rodrigo Borja.

Gran recomendación en ese tiempo. Para terminar, ¿cómo ve usted la muerte? No la cuestión biológica sino el fin de la vida y si hay algo más allá.

Será porque una ha tenido que estar en muchas muertes, ya sea de adultos o de niños, que siempre es más triste, y de recién nacidos, entonces se va haciendo más fuerte, ¿no?, ante esta verdad de que todos tenemos que morir. Yo no creo que uno va al cielo o al infierno o sigue flotando o se reencarna. Soy muy parca en esas cosas, pero trato de dar la ayuda que más puedo a una persona que está en un momento tan difícil.